



Morderse  
la lengua  
María Leach

**LUNWERG** | Narrativa

# Morderse la lengua

María Leach

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© María Leach, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

[lunwerg@lunwerg.com](mailto:lunwerg@lunwerg.com)

[www.lunwerg.com](http://www.lunwerg.com)

[www.instagram.com/lunwerg](https://www.instagram.com/lunwerg)

[www.x.com/Lunwerglibros](https://www.x.com/Lunwerglibros)

[www.facebook.com/lunwerg](https://www.facebook.com/lunwerg)

Diseño y maquetación: Lunwerg, 2024

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 11.997-2024

ISBN: 978-84-10378-08-7

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

*Printed in Spain* - Impreso en España



ANTECEDENTES  
FAMILIARES

Nadie recuerda cómo aprendió a hablar, ni cuándo empezó a comunicarse, ni en qué momento expresó en alto sus ideas, deseos y sentimientos por primera vez.

El lenguaje se cuele en nuestras entrañas antes de que lleguemos al mundo. A partir del quinto mes de gestación, el sistema auditivo del feto está lo bastante desarrollado para percibir los sonidos que se filtran a través del vientre materno desde el exterior. Escuchamos los parloteos, la música, el alboroto. Pero es el timbre de mamá —resonando a lo largo de la columna vertebral, vibrando en el líquido amniótico— lo que acabamos reconociendo con mayor claridad. No entendemos ni jota de lo que dice y, aun así, recibimos su cariño incondicional. Su voz es un abrazo en la soledad; un bálsamo calmante que nos acompaña y nos hace saber que, al otro lado, alguien nos espera y se preocupa por nosotros.

Al nacer, esta primera conexión emocional continúa y se extiende a las personas con las que interaccionamos a diario. Las mismas que nos transmiten, con espontaneidad y ternura, el regalo del lenguaje. Nuestros padres, abuelos, cuidadores, y todo aquel que celebra de alguna manera nuestra recién estrenada existencia, se dirige a nosotros repitiendo las mismas frases y expresiones, una y otra vez, como una muestra de afecto más, equiparable a los constantes mimos, besos y atenciones que requerimos para sobrevivir.

A cambio, nosotros solo les respondemos llorando o emitiendo gorjeos extraños, pero a los parlantes de nuestro alrededor parece traerles sin cuidado. Nos quieren de verdad y son tan generosos que continúan con su tozuda cháchara. Confían en que llegue el día en que aprendamos a hablar y les devolvamos con nuestras propias palabras al menos una pizca de todo ese amor y dedicación.

Entre los seis y doce meses de edad, el cerebro del bebé empieza a vislumbrar de qué va el asunto del lenguaje. Interioriza sonidos, desarrolla la facultad de asociar cada expresión a su contenido, reconoce símbolos y signos. Descubrimos entonces que tenemos un nombre propio, balbuceamos sílabas —ma ma ma, pa pa pa, ta ta ta— y recurrimos a los gestos para hacernos entender.

Hasta el año y medio, la capacidad verbal está francamente descompensada respecto a la comprensiva. Aunque somos auténticos expertos en onomatopeyas —brrrum, brrrum; guau, guau; ñam, ñam—, nuestro vocabulario no supera las cuatro protopalabras sueltas, con suerte, seis. Una cantidad de lo más escasa y, sin embargo, práctica hasta extremos indecibles. *Ma, pa, bibe, pete, abua, no*. ¿Qué lactante necesita decir nada más? Con este rudimentario idiolecto, nos apañamos la mar de bien para conseguir lo que queremos y repeler lo que no nos interesa.

A los dos años, gracias a un léxico más rico —cercano a las cincuenta palabras—, unido al dominio de las cinco vocales y de sencillos fonemas, nos damos cuenta de que nombrar objetos o acciones sirve para que los adultos acaten nuestras órdenes sin rechistar. Hablando se cumplen nuestros deseos. Surgen así las primeras frases cortas, el uso de inflexiones, los conceptos abstractos, los pronombres, los plurales y el talento para mezclar realidad y ficción. Nuestra comunicación se basa

en la emisión de telegramas urgentes con información decisiva. «¿Coche mío? —STOP—. Quiero yo. —STOP—. Ellos no. —STOP—. ¡Monstruo graaande viene! —STOP.»

Entre los tres y cuatro años, con casi un millar de palabras en nuestro haber, estamos preparados para saltar al siguiente nivel del juego: la gramática. La composición y la organización sintáctica de oraciones nos salva de acabar convertidos en unos egocéntricos redomados, coronando una nueva e importantísima cima a través del lenguaje. ¡Por fin entra en escena la socialización! El progresivo perfeccionamiento del habla propicia el diálogo con otras personas. Además, permite realizar descripciones, expresar sentimientos, repetir enunciados largos, aprenderse la letra de las canciones, emplear gerundios, contestar preguntas sobre cosas que no estamos viendo con nuestros propios ojos y, lo más divertido, sacar jugo a los absurdos lingüísticos. Las nubes son de color verde. ¡Mi fruta favorita es la escalopa!

Sin ser conscientes, mientras aprendemos a utilizar y comprender ese primer idioma que es nuestra lengua materna, la que nos ha tocado por azar, nos zambullimos también en la cultura que forjará las bases de nuestra identidad. Por medio del lenguaje, absorbemos costumbres, creencias, gustos, comportamientos y formas de pensar que nos ligan a una familia, a un grupo, a una comunidad. No en vano, a menudo recurrimos a la expresión «hablamos el mismo idioma» para aludir a personas con las que compartimos mentalidad y circunstancias vitales comunes.

Al mismo tiempo, el lenguaje nos allana el camino para desarrollar todo tipo de habilidades cognitivas —como escribir, leer o memorizar—, que acaban de modelar nuestro pensamiento y nuestras emociones. Todo esto, aparte de satisfacer el principal menester del ser humano que no es otro que el de

relacionarse con sus semejantes, es también la única manera de conocernos a nosotros mismos. Vamos entendiendo quiénes somos a medida que indagamos. ¿En qué diantres consiste esto de la vida? ¿Qué pasó antes de que nacióramos? ¿Por qué estamos donde estamos? ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Resulta cuando menos curioso que el lenguaje, la herramienta más poderosa y compleja que poseemos, la que nos salva de ser un ficus o un pájaro carpintero, se asimile de forma tan instintiva, a una edad tan temprana, que haga imposible fijar ningún rastro de su adquisición en la memoria.

Cuando todavía son dos fetos de ocho centímetros de longitud y veintiséis gramos de peso a los que empiezan a adivinárseles los labios y la lengua, Alicia y Tomás establecen la primera interacción. Agazapados en la intimidad del vientre de su madre, muestran patrones de contacto voluntarios —reposan cabeza con cabeza, se hacen caricias— y, según pasan las semanas, más o menos hacia la mitad del periodo de gestación, los movimientos se vuelven más elaborados y constantes. A través de la placenta, Alicia se concentra en palpar a Tomás y viceversa. Cada uno pone más empeño en explorar el cuerpo de ese otro ser con el que habita el útero que a sí mismo. En un entorno tan inhóspito y oscuro, sin duda, es una feliz casualidad hallar un aliado.

Antes de nacer, los mellizos manifiestan una precoz motivación natural para socializar y comunicarse al margen de ningún lenguaje verbal. De haber existido los ecógrafos modernos, los Sres. Vein no hubieran podido reprimir un chasquido de emoción al ver cómo Alicia apoya la frente en el hombro de su hermano en busca de consuelo o cómo este le propina una patadita chinchona a ella para despertarla y jugar un rato.

Tras su alumbramiento, Tomás y Alicia siguen pasando tanto tiempo juntos —duermen incluso en la misma cuna—, que no es extraño que busquen de forma permanente la sensación del contacto mutuo y que se enfaden si se les priva de

él. Alicia rompe inmediatamente a llorar cuando alguien la separa de su hermano y solo se tranquiliza al notar de nuevo el roce de su piel.

Estos episodios de apego, que desesperan a sus primerizos padres, serían evaluados como algo completamente normal por cualquier psicopedagogo en la actualidad. El fortísimo lazo fraterno que han creado tras compartir cada segundo de vida —tanto o más profundo que el que construye un bebé único con su madre—, los impulsa a querer estar siempre uno junto al otro. No conciben lo contrario. El suyo es un vínculo especial, difícil de lograr de otro modo. Se podría decir que, de momento, ignoran que son dos personas distintas.

La búsqueda de cercanía de Alicia y Tomás no solo obedece a una necesidad emocional, también está escrita en su naturaleza biológica. Los bebés de partos múltiples crecen más sanos si no se los disgrega. De ahí que en los hospitales suecos —como siempre, los escandinavos, un paso por delante— sea habitual que los gemelos y mellizos compartan incubadora cuando son prematuros. Se ha comprobado que, gracias a esta práctica, los neonatos disfrutan de un ambiente más relajado que favorece su recuperación, el adecuado desarrollo de sus órganos y logra que la tasa de reingreso, una vez se les ha dado el alta, disminuya ostensiblemente.

—Dadadadada.

—¿Mememememe?

—¡Cutacutacuta!

Desde que emiten los primeros sonidos y balbuceos, Tomás y Alicia se pasan la mayor parte del día enfrascados en un intercambio de sílabas ininteligible. Varían la inflexión y el tono de la voz, pero, en lugar de onomatopeyas

o protopalabras reconocibles, su conversación se compone de una ristra de sonidos extravagantes y rápidos, sin gramática o sintaxis coherentes.

Al principio, este idioma inventado que solo comprenden ellos y excluye a cualquier otra persona de su entorno, pasa totalmente desapercibido para la Sra. Vein. Como mucho, empieza a rondarle por la cabeza un ligero desconcierto cuando sus hijos cumplen un año y todavía no ha escuchado de su boca ni una palabra con sentido o que, por lo menos, se corresponda con algo real. Sin embargo, la Sra. Vein es una mujer poco dada a la rumiación, jamás daría crédito a un palpito infundado. Y hace bien.

El retraso en la adquisición del lenguaje expresivo que muestran Tomás y Alicia —esto podría corroborarlo un experto en fonoaudiología pediátrica— está lejos de responder a ninguna cuestión médica anómala o preocupante. Tan solo afecta al habla, no al entendimiento, y se considera una consecuencia de su falta de interés hacia los demás. La criptofasia, tal como se conoce en el entorno científico a este código de comunicación privado entre gemelos y mellizos, es un evento bastante común y se corrige solo con la edad en favor de la lengua materna.

A los dieciocho meses, Alicia y Tomás ya articulan una decena de palabras en castellano. Aparte de «mamá» y «papá», saben pronunciar sus nombres, identificar tres o cuatro objetos cotidianos, decir adiós agitando la mano. Eso sí, tardan un poco más que el resto de los bebés en alcanzar los hitos del lenguaje infantil que marcan los estándares. Las oraciones que formulan son más cortas, su dicción tiende a macarrónica y, por lo general, se muestran poco proclives a la interacción si el objetivo no es comunicarse entre ellos. Diferencias que dejan de ser apreciables en cuanto cumplen los cuatro años.

También hay que tener en cuenta que su contexto de aprendizaje ha sido, de alguna forma, peculiar. La estimulación lingüística de cada mellizo es la mitad de la que recibe un hijo único. Sus padres se han tenido que dividir para atenderles por individual, cuando no se han dirigido a los dos al mismo tiempo. En la otra cara de la moneda, la cantidad limitada de atenciones ha reforzado la unión entre Tomás y Alicia, y les ha enseñado una valiosa lección de vida: no siempre van a ser el centro del universo y, muchas veces, deberán esperar pacientemente para que se satisfagan sus necesidades.